

# *A Margarita*

## Carlos Be

Cualquier reproducción no autorizada de este texto, por cualquier medio, podrá ser perseguida de acuerdo con la legislación vigente en materia de Propiedad Intelectual

A mi madre  
A Vilma Cibulková  
A Fran Arráez y a Jan Písařík

*A Margarita* se escribió los meses de noviembre y diciembre de 2012 a caballo entre Madrid, Praga y Pelhřimov.

Mis agradecimientos a Amalia Barbero, Petr Kostka, Rafael Romero y Klára Tománková.

EVA.- ¿Me quieres?

ADÁN.- ¿Hay alguien más?

...

## 16.251

Siempre hay algo misterioso en abrir un supermercado por la noche.

Das las luces,  
se enciende todo  
y está vacío,  
lleno de productos  
pero vacío de gente.

Sólo he tenido que hacerlo un par de veces, una vez por una falsa alarma y otra por un rodaje.

Los pasillos no dan miedo: es como estar en un sitio en el que no deberías estar.

Como si te dijeran que vas a morirte cuando aún estás viva. ¿Qué haces?

\*

## 16.245

Mi médico ha sido el único en acordarse de mi cumpleaños. Él me ha dado el regalo, mi único regalo, y vaya qué regalo de cumpleaños... El último. Como para no acordarse el resto de la vida. Mi último regalo de cumpleaños de mi último cumpleaños.

Miento, la mediana también se ha acordado, me ha llamado hace nada, pero es tan aburrida que no sé para qué le vale el esfuerzo. Le digo:

–Hija, muchas gracias por acordarte. ¿Vas a cantarme cumpleaños feliz?

–Mamá, no seas burra. Adiós.

–Adiós, hija.

Aburrida hasta decir basta. Ah, antes de colgar me ha dicho que lo celebraremos juntas el próximo fin de semana, que éste no da abasto en el trabajo. Qué plan. Dudo mucho que para entonces esté yo para mucha algarabía.

–No cuentes con llegar al año –me ha dicho el médico. Primero me felicita el cumpleaños y después me dice: –No cuentes con llegar al año.

¿Qué os parece?

–La esperanza en casos como el tuyo es de medio año.

–¿“La esperanza” de qué?

–De vida.

Medio año. La esperanza de vida. Seis meses. De vida. De mi vida. Ciento ochenta días.

## 180

Lo primero que te preguntas es por qué a ti.

–Cuestión de probabilidades –dice el médico.

Lo segundo es por qué nadie lo sabe.

“Cuestión de probabilidades.” Y que una de cada mil mujeres lo padece. Una de cada mil. Para algo que me toca, ya es mala pata, podría haberle tocado a otra. A ti o a ti o a ti... o a algún hombre también. El médico dice que este tipo de cáncer es más frecuente en mujeres que en hombres, y no estoy hablando de cáncer de útero, lo aclaro por si hay algún gracioso en la sala. De éste no se libra nadie, ni las unas ni los otros. Mi regalo de cumpleaños es un cáncer de un órgano tan anodino que cuando me ha llamado Julia, mi hija la mediana, sólo se me ha ocurrido la tontería de pedirle que me cantara cumpleaños feliz. Me ha resultado tan inverosímil comenzar a hablarle de la vesícula biliar. Es cierto que con mi hija hablo poco, pero ¿de la vesícula biliar? Si nunca he hablado con nadie de mi vesícula biliar. Ni de la mía ni de la de nadie. ¿Quién habla de su vesícula biliar? ¿Quién ha hablado hoy de su vesícula biliar? ¿Y de qué se habla cuando se habla de la vesícula biliar? Es más, ¿alguien sabe que tiene vesícula biliar? Ahora sí, ahora todos decís que sí. ¿Y para qué sirve? ¿Qué relevancia tiene? Cuando el médico me ha dicho que era de vesícula biliar, no he sabido ni dónde ubicarla. Yo de eso no tengo. El médico me ha dicho que sí.

–¿Dónde?

–Aquí.

Tenía las manos heladas, y eso que no fuma.

–¿Y para qué sirve?

–Más bien para poco, no te engañe.

¿Me está diciendo que voy a morir por culpa de algo que sirve “más bien para poco”? No puedo morir por algo que sirva “más bien para poco”. Puestos a morir, que sea por algo que sirva

“más bien para todo” o “para mucho”, “para bastante”... Algo como el corazón o el cerebro, o los pulmones, podría ser cáncer de pulmón aunque no fume, yo tampoco fumo: por los coches, por la contaminación, por lo que sea, ¡pero un motivo!, con eso me quedaría tranquila, necesito un motivo... y dar con uno para el cáncer de pulmón es lo más sencillo del mundo, saber por qué a mí, o de útero, ojalá hubiera sido cáncer de útero, como el que le diagnosticaron a mi amiga Lucre la dentista hace cinco años. Por suerte, ella ya no quería más hijos –tiene dos–, pero todas pensamos, no podemos evitarlo, que una mujer sin útero no puede seguir siendo una mujer –como un hombre sin pene, vamos... bueno, un hombre sin pene lo tiene más difícil–. Lo que os decía, si hubiera sido cáncer de útero, o de mama, a ver, como mínimo sentiría mi feminidad comprometida y con ello, pues no sé, pero ¿con qué me compromete la vesícula biliar? Con nada. Un útero sabemos por lo que lucha: por la mujer y nuestros derechos, sueldos equitativos y todo lo demás. Una mama también, una mama también tiene sus reivindicaciones: más meses de baja maternal, más ayudas para pañales. ¡Hasta el cerebro! ¿Pero una vesícula biliar? ¡Qué órgano más... irresponsable!

–Lo siento –dice el médico.

Me acompaña y no sólo hasta la puerta, me acompaña hasta la calle. En la calle, saca una cajetilla de la bata y fuma. No sabía que fumara.

–No sabía que fumaras.

–Lo siento, Margarita.

Yo aún no lo sé, yo aún no sé cuánto voy a sentirlo.

María, una de las cajeras del súper, me pregunta si todo bien en el médico.

– Sí, sí.

Y me he encerrado en el despacho.

Ya lo sabéis. Cáncer de vesícula biliar y ciento ochenta días.

Es cierto que la vida te pasa por delante. Te acuerdas de lo que quieres acordarte y también de lo que no quieres acordarte. Es la manera que tiene la vida de compensarte que no tengas futuro: empieza a llenarte de recuerdos.

Casi no me reconozco

en el despacho, sentada en la butaca

con la vista atrás, viendo todo lo que había dejado

olvidado, incluso de mí misma. Si puedo confesaros algo, lo único que

quiero, lo único que deseo, con ciento ochenta días por delante, lo único que deseo es querer a

alguien y, por encima de ello, que alguien me quiera. Es igual si yo no le quiero, no hay tiempo que perder: alguien que me quiera.

Cáncer de vesícula biliar y ciento ochenta días,

los últimos ciento ochenta días de mi vida

y no se me ocurre mejor manera

de empezar a terminar

mi vida

que llamando a mi ex.

A veces una está tan desesperada que no se reconoce.

—¿Alberto?

Mi ex se llama Alberto. Es su nombre real. Cuando me decidí a contaros esta historia, me planteé usar nombres falsos, principalmente por ellos, para resguardar su intimidad, pero pensé qué diablos, si nunca he conocido a un hombre que haya abierto un libro en su vida, no digamos ya ir al teatro.

—¿Alberto? / Hola... / ¿Cómo que qué quiero?

Alberto García Pedregal. Quedáis advertidas. Un miserable. Le llamo porque es el primer nombre que aparece en la agenda, no existe otra explicación. Aparte de mi ex y el padre de mis tres hijos, que no me olvide, es, entre otros logros, un hijo de puta, con perdón de mi suegra, que también es ex, exsuegra. La manzana nunca cae muy lejos del árbol. No sabéis lo que tuve que aguantarle a esa... mujer. Yo al principio la respetaba, le daba la razón en todo como toda buena nuera que se precie. Me decía la muy... mujer con su hijo plantado a su lado:

—Hija mía, no hay mayor seguridad que la de sentirse bien casada.

Qué razón tenía porque lo que fue sentirse mal casada durante diez años no tiene nombre.

*(Respiro hondo.)* Ay, hemos dejado Alberto al teléfono. Alberto, quería contarte que he ido al médico a recoger los resultados de unas pruebas, de esas de cada equis años, y de repente mi vida ha dado un vuelco. Un vuelco de ciento ochenta días.

—Alberto, quería contarte que esta mañana he ido al médico a recoger los resultados de unas pruebas, de esas... / Espera... / Alberto... / ¿Me dejas hablar? / Alberto, te lo he dicho muchas veces, por teléfono... / Mejor. / ¿Que qué? / Pues claro que estoy bien... / Pero... / ¿Cómo...? / ¿Qué? / ¡Alberto! / ¡Alberto, por favor! / ¿Qué? / ¡Qué! / ¡Que te quiero!

*(Cuelgo el teléfono.)* ¡Mierdaaaaa! ¿Por qué las mujeres siempre la cagamos en el primer impulso? Las mujeres en el primer impulso y los hombres en el primero y en los siguientes, lo suyo es

algo fuera de serie. ¡Me saca de quicio! ¿Qué le digo cuándo...? No, no volverá a llamar, no es tan imbécil. Volverá a llamar. Con lo que pueden dar de sí seis meses, la de planes que... ¡Desaparecer en una isla desierta!, eso es lo que debería hacer, pero no, lo primero, la gilipollez del siglo, llamar a mi ex porque lo tengo en la A.

*(Suena el teléfono.)* Tierra trágame. “Alberto, oye, lo que quería decirte no es lo que quería decirte... O sí...” No... “¿Seguro que tu teléfono no hace ruidos extraños? ¿Estás convencido? Brrrrrz, brrrrrz, brrrrrz... ¡Los oyes! ¿Tú también?”

–Alberto, oye, ¿seguro que tu teléfono no hace... / ¿Qué dices? / ¿Que yo te he dicho qué? / Nooooo... Albertoooo... Por favooooor, en diez años de matrimonio nunca has dicho nada taaaaan gracioso.

Hala. Me ha colgado. Arreglado.

¿Y ahora a quién se lo cuento? A alguien se lo tengo que contar. No sé cuánto tiempo ha pasado y aún no se lo he contado a nadie, os habéis dado cuenta.

Mi amiga Lucre la dentista. *(Llamo por teléfono.)* No lo coge, estará atendiendo. Llamo a su secretaria, Ana es un cielo, tiene una voz más bonita.

Nada más oír su voz me desmorono

rompo a llorar.

Pregunta quién soy

no le respondo.

–¿Se encuentra bien? Señora, tranquilícese. Disculpe... Por favor... ¿Señora?

*(Cuelgo el teléfono.)* Ya no son ciento ochenta días.

\*

179

¿A qué estamos dispuestos por vivir? Es difícil responder con sensatez a la primera. No lo sé. Mi vida no es nada del otro mundo: trabajo desde hace años en un súper y en general estoy tranquila, sin demasiados sobresaltos. Ahora mismo no sé a qué querría dedicarme si me propusieran cambiar de trabajo; sin embargo, sí sé que de aquí a veinte años me gustaría seguir viva, sin lugar a dudas, pero ¿para seguir detrás de este escritorio? No sé yo. Ahí os lo dejo, vosotros contáis con más tiempo que yo para hacer los deberes.

Ciento setenta y nueve días. Es un número aproximado, no sé si quiero saber con precisión el día de mi muerte, aunque por otro lado no me vendría mal para prever cuatro detalles, nada especial, cosas sin importancia la mayoría... y alguna que otra un tanto excepcional: comprarme unos zapatos bonitos para el ingreso en el hospital; ir a la peluquería para que me dejen bien guapa –la muerte no puede cogerte desprevenida sin haber ido a la peluquería–; quizás me comprase un perfume que hace años le tengo el ojo echado, carísimo, pero huele tan bien. Lo pienso casi por distraerme, en el fondo cualquier muerte es mejor que la que pudiera esperarme de vieja, olvidada por mis hijos en una residencia, como si yo no existiera para ellos. No sé si me ha tocado la peor familia del mundo pero unidos, lo que se dice unidos, no estamos. Será la muerte la que nos una, porque lo que es la vida no ha puesto demasiado ahínco. Al que veo más es al mayor, discute a menudo con su mujer y luego se viene a comer a casa. Engulle de una manera... a dos carrillos. El pequeño sólo llama cuando necesita dinero y la mediana... La mediana es tan aburrida que mejor que no llame. De todas formas, en algún momento tendrán que enterarse. Mejor si primero ordeno la casa. El único buen consejo que he recibido nunca fue de mi padre, que en paz descansa, en su lecho de muerte: –Margarita, atiende a todo el mundo y después haz lo que más te convenga. Un beso, padre. Ya no voy a hablar más de ti. Te veo pronto.

\*

173

Ciento setenta y tres días. El médico ha descartado la cirugía. El cáncer se halla demasiado extendido. He comenzado las sesiones de quimio y radio. La radio es localizada, en el vientre. El cabello no se me caerá, aunque estoy un poco asustada por los efectos secundarios. Parece ser que la radio lo quema todo, los tejidos buenos y los malos. Noto un leve picor en la piel pero no me rasco. Las enfermeras dicen que es normal al principio. Sigo yendo al trabajo con normalidad. Por el momento, mi jefe es el único que lo sabe. Al final se lo dije a él. El primero. Ha sido muy comprensivo. Su mujer también padeció cáncer, renal. Ahora está bien. –Yo también estaré bien –le digo–, pero llegaré tarde al trabajo unos cuantos días. Las sesiones son a primera hora... Que no me preocupe y me besa en la mejilla. Nunca me ha besado en la mejilla. Le doy pena.

No voy a decírselo a nadie más.

*(Suena el teléfono.)* Que suene. Paso por frutería y me guardo una naranja en el bolso. Me apetece para después. Josele, una de las cajeras, me pregunta quién llama. *(Le muestro el nombre en la pantalla del móvil.)*

–¡Cógelo, mujer! No te va a morder.

*–(Descuelgo el teléfono.)* Hola, Alberto. / Bien, en el súper. / ¿En media hora? No, en una hora, tengo trabajo... / Me la repampinfla si es “muy importante”. / En la puerta, sí. Adiós.

Una hora para arreglarme.

–¡Josele!

Qué sería de Josele sin sus pinturas. Como dijo primero Napoleón y después Josele, las mujeres tenemos dos armas poderosas: el maquillaje y las lágrimas. “Por suerte no podéis usar las dos al mismo tiempo”, eso lo dijo sólo Napoleón.

A la media hora está llamando, qué pesado. Ya está aquí, ahí está en su todoterreno, aparcado en doble fila delante del súper.

Me pregunta si puede dejar el coche ahí, que haga lo que quiera. Lo deja con las luces de emergencia. Le llevo a la cafetería donde vamos los del súper, en la esquina, y para tranquilidad de Alberto se ve el coche desde dentro. A mí no me apetece nada, sólo la naranja que llevo en el bolso, pero para casa, viendo la tele. Alberto no aparta la vista de su todoterreno. Si se lo llevara la grúa le daría una embolia. Si tuviera cerebro.

–Alberto, qué es eso “muy importante” que no podías decirme por teléfono. Si es sobre lo que te dije la semana pasada...

–¿A qué te refieres?

–Nada, nada, dime –qué ridículas somos las mujeres a veces, me pica mucho el vientre...

–Es sobre tu hijo pequeño.

–Mi hijo pequeño. ¿Juan? *(Él asiente. No entiendo nada.)* ¿Qué le pasa?

–Marga, ¿tú sabías que...? *(¿Qué?)* Juan es homosexual.

*(Me llevo la mano al pecho.)* Me parto.

–Nooooo. *(Él vuelve a asentir.)* ¿Homosexual-homosexual? *(Que sí, que sí, hace con la cabeza.)* ¿Quieres decir... maricón? Alberto, ¿estamos hablando de la misma persona? ¿Te refieres a Juan, el pequeño, mi hijo pequeño, que también es tu hijo, nuestro hijo Juan; Juan, el mismo que nunca trajo una novia a casa; Juan que se encerraba con su hermana Julia en el cuarto de baño –¿qué significa eso, me estás pidiendo que baje la voz?– para hacerse coletas y pintarse

las uñas; Juan que nos despertó una noche dando brincos de alegría en la cama porque le había bajado su primera regla? ¡Que no me pidas que baje la voz porque de toda la cafetería el único que aún no sabe que su hijo es maricón, es su padre, a ver si te das por enterado porque de otra manera no se me ocurre, o quién te invitó hace un año a la presentación de su primer libro *El orgullo gay es pura fantasía* y aún está esperando a que te dignes a responderle a su invitación ni que sea con un “Púdrete”! ¿Hablamos del mismo Juan, de nuestro hijo Juan?

–Yo no podía imaginármelo. Siempre ha tenido amigos raros –chochea, está chocheando–.

–Justifícate como quieras. En cualquier caso, quédate tranquilo porque que él sea maricón no va contigo, con el padre modélico que tiene, un padre que trabaja con los mejores abogados del país y ha cuidado de él y de sus hermanos toda la vida y les ha procurado siempre todo lo mejor y más. ¡Adiós y hasta nunca!

Me voy, así de fácil, me pongo la chaqueta, el bolso al hombro, Alberto sigue pasmado, cojo la puerta y... No, espera, vuelvo a la mesa, me siento frente a él y:

–Alberto, ¿por qué querías verme? ¿Qué pasa, te han comentado algo de Juan en tu trabajo...?

*(Asiente.)* Vete a la mierda. Hijo de puta. Vete a la mierda.

Ahora sí me voy,

intenta cogermelo de la muñeca,

le sudan las manos, su tacto me repele, retiro el brazo,

le sorprende mi fuerza, me siento tan violenta. Paso al lado del todoterreno

y me entran ganas de rayarle la chapa con las llaves... Saber que vas a morir te sitúa un poco por encima del bien y del mal...

Regreso a casa en bus. Alberto trabaja en una asociación de abogados muy vinculada a la política y me temo que un hijo demasiado activo en determinados ámbitos liberales no le da muy buena imagen. ¿Cómo es que su padre se ha enterado ahora? ¿Por qué no ha querido darse cuenta hasta ahora? *(Saco del bolso un pañuelo de papel para el regazo y la naranja.)* Qué sabor más extraño. Ay, si me lo advirtieron las enfermeras, la quimio altera el gusto. No me sabe a naranja. ¿Se alterarán otros sentidos? ¿Dejaré de oler? ¿Y el tacto? Espero que el tacto no. Las mujeres, si no tocamos, no vemos. Cómo le sudaban las manos al sinvergüenza.

*(Jugueteo con el móvil entre las manos. Llamo.)* Mi amiga Lucre no me coge el teléfono. Me veo reflejada en la ventanilla, tengo miedo y el bus no se detiene, necesito toallitas desmaquilladoras.

Por primera vez desde que me

diagnosticaron el cáncer,  
tengo miedo. Esta  
noche pasaré  
miedo.

\*

172

*(Suena el teléfono.)* Despierto abrazada al libro del pequeño. Ciento setenta y dos. Su padre.  
– *(Descuelgo.)* Dime, Alberto. / Buenos días, sí. Dime. / Estaba por meterme en la ducha, conque, por favor... / Vaya. Así que pronto se convocarán nuevas oposiciones y, aunque no sea oficial, deduzco, tu familia oposita contigo, ¿es eso? / Más o menos. Oficiosamente te sumamos o restamos puntos, ¿no? / Más bien te restamos, claro. ¿Pues sabes qué? Escúchame... ¡No, escúchame! Yo no he insinuado que seas mal padre, para nada, nunca. ¿Quieres escucharme! Mal padre no. Mala persona.

*(Cuelgo el teléfono.)* La primera vez que supe con seguridad que lo nuestro no iba bien, estaba ya embarazada del mayor. A Alberto se le metió entre ceja y ceja instalar el satélite en casa. Si llego a saberlo, me niego en redondo. Se compró la parabólica y cantaba goles todo el día. ¿Sabéis lo que es eso? Desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la noche, una pesadilla ininterrumpida. ¡Gol! ¡Gol! ¡Gol! Qué últimos meses de embarazo tan horrorosos. Llega un momento en la evolución del hombre, del varón, que entra en simbiosis con el sillón y la cerveza y no importa a qué equipo respalde, lo importante es ganar, uno contra el otro: sólo necesita un otro y un otro y detrás nosotras corriendo con la cerveza que nos creemos que el nuestro es el hombre más maravilloso del mundo sin saber aún que el hombre más maravilloso del mundo cree que nuestro corazón está hecho de maravillosa esponja de fregar. Fue la primera vez que pensé en dejarle, detrás de él en el sillón, con el primer memo en la tripa y una lata de cerveza abierta inclinada sobre su cabeza. Al satélite le siguió todo lo demás que, a grandes rasgos, desembocó en un acontecimiento más que previsible: la irrupción de la amante. Me dejó con los tres niños, el pequeño recién nacido. Había habido otras mujeres antes, escauceos esporádicos sin importancia, como en la vigilia del parto del mayor, que aprovechó mi ingreso para irse de putas. Me enteré al día siguiente, con el bebé en brazos, por accidente,

sin querer, los hombres cuando cruzan una puerta sólo tienen cara de dos cosas: de querer haber entrado o de mejor no haber entrado.

Con la llegada de la amante oficial, decidí sacar a la familia adelante como si nada pasase. En una familia, si hay que decidir algo, tiene que decidirlo la mujer sola... y abordarlo sola, y muchas veces nos equivocamos: no somos infalibles. Los tres niños eran demasiado pequeños para darse cuenta de lo que ocurría. Lo que no me esperaba es que él se fuera a vivir con ella, que también tenía hijos, y no quisiera pasarme dinero para los niños. Busqué un trabajo que pudiera hacer desde casa, no podía dejar a los niños solos y una canguro era un lujo. Maldito el día en que se me ocurrió llamar a mi suegra. Llegó a casa con el golpe maestro bajo el ala, recuerdo que estaba yo amamantando al pequeño y me dijo que me ayudaría de todo corazón: se llevaba a los dos mayores a vivir con ella. No sé qué me dolió más, que quisiera llevarse a mis hijos o que no le importara separar a los hermanos. La muy... Lo que no había conseguido su hijo, lo consiguió la madre. Me cortó la leche.

El pequeño bromea mucho con esto, dice que se volvió gay por tanta leche en polvo de pequeño, que ahora tiene carencias. Lo cuenta en su libro, dejadme que lo busque. Os lo recomiendo, hay ocurrencias muy buenas cómo lo del tipito estupendo que se les pone a los seropositivos –esto es verdad, yo le he conocido unos cuantos amigos y lucen una cintura que ya quisiéramos muchas-. Él me asegura que anda con cuidado y yo confío en él, aunque me preocupe cuando dice que si no llega a viejo por lo menos habrá disfrutado lo vivido. Él llegó unos años después, de rebote o, como él dice, rebotado. “Si me dicen que se acaba la fiesta, que me quiten lo bailado”, dice. En parte le envidio: ya podría yo haber disfrutado un poco más, aunque ahora mismo no sé me ocurre cómo, toda la vida dedicándola a los demás.

\*

**170**

La sesión de quimio de hoy me mata. Las enfermeras me regalan una muestra de farmacia de una crema muy buena para las venas quemadas del brazo, ya no puedo ir al súper en manga corta. Me preguntan si me siento con fuerzas para ir a trabajar.

–Sí.

Me quedo de pie en el bus, sólo hay un asiento libre al fondo, muy lejos. Mira, sabes qué,

aunque tenga que molestar voy a... Me desplomo en seco.

Recupero la conciencia en un banco, en un banco no sé dónde. Estoy en una parada, ¿en qué parada?, un joven a cada lado, un chico y una chica.

–La que has liado en el bus –dice la chica.

–¿Yo?

–Rosa les ha dicho de todo –dice el chico.

–Más ancha me he quedado.

–Unos subnormales.

–Sí, unos subnormales.

Se llaman Rosa y Gonzo, de Gonzalo, supongo. No viene ningún otro bus y no saben muy bien qué hacer conmigo. Al fin y al cabo, no me conocen de nada. La chica pregunta si hay alguien a quien pueda llamar, que venga a recogerme. Le paso mi teléfono.

–Llama a quien quieras pero sáltate la A, por favor.

Dice que tengo un teléfono del pleistoceno.

Okey. Del pleistoceno pero llamando, ¿has visto? ¡Oh, no! ¡Bertín!

Bertín no se llama Bertín por Bertín, sino por Albertín, de Alberto. Alberto pequeño. Es el mayor, el primogénito, y, por desgracia, clavado a su padre. Otro hijo de puta, vamos, ya veréis por qué.

–Vaya cochazo –eso es Bertín que ya ha llegado.

Se ha comprado un coche nuevo. Un todoterreno como el de su padre, mismo modelo, diferente color. Me pregunta por la ventanilla quiénes son esos dos. Gonzo es más rápido que yo.

–¿Y tú, pedazo gilipollas?

Yo podría haberlo dicho más alto pero no más claro.

–Hijo, me han ayudado bla, bla, bla...

Bertín busca en su cartera y saca un par de billetes. El chico le escupe en la ventanilla y ella farfulla algo así como “Qué pedazo gilipollas, señora. Que sea leve”.

El mayor me mira con cara de pasmado. Se pasma como su padre. No, no me está mirando a mí. Está mirando el lapo en la ventanilla.

–Mamá, ¿por qué asientes?

Es que tienen razón, hijo, eres un pedazo gilipollas, qué quieres que te diga, te viene de familia paterna. Esto lo pienso, no lo digo. Espero unos segundos a ver si baja de su todoterreno para ayudar a su madre pero no. Arriba. Me acomodo en el asiento del copiloto –no sé qué

deciros, no se estaba tan mal en el banco—, me coloco el cinturón de seguridad y de camino a casa se lo cuento todo. Sin pausa, de principio a fin, desde el día de mi cumpleaños hasta hoy, desde los ciento ochenta días a los ciento setenta. Él conduce sin mirarme. Llegamos al edificio, mete el todoterreno en el parking —ya podía volverme loca buscando la llave del garaje— y en el ascensor subiendo a casa dice, al fin:

—Qué fuerte. Mamá, tienes que prepararlo todo. La herencia y todo eso.

*(El ascensor llega a la planta.)* Lo que os decía, un hijo de puta como su padre.

—¡Por lo menos podrías preocuparte por si quiero que me entierres o me incineres o me emparedes detrás de la cabecera de la cama para que te acuerdes de mí cada vez que te acuestes en tu piso nuevo recién heredado! ¡Dónde están las llaves!

Escuchad:

—Mamá, el piso no es tuyo. Vives tú sola pero no es tuyo. Es el piso familiar, que nosotros nos hayamos emancipado no quiere decir que no vivamos. *(No puedo creérmelo.)* Además, no me hagas recordártelo, mamá, pero ya habíamos hablado que el piso sería mío, plaza de garaje incluida.

—¿Cuándo he dicho yo eso? ¡Estoy loca o cuándo te he dicho yo eso! ¿Cuándo he dicho yo que...?

—Bueno, fue papá.

—¡Yo no soy papá! ¡Soy mamá!

—Mamá...

—¡Mamá, sí!

—Lo sé, mamá... Tranquilízate, mamá...

—¡Estoy tranquila! ¡Las llaves!

—Sabes que vivo en un piso de alquiler con Carmen y los dos niños, tus dos nietos, Albertín y Carmencita, tus dos únicos nietos...

¿Podéis creéroslo? ¿Acabo de contarle lo que acabo de contarle y sigue hablándome de lo que está hablándome?

—Hijo.

—¿Qué?

—Eres un hijo de puta.

—Mamá.

—¿Qué?

–Acabas de llamarme hijo de puta.

–Lo sé. Ahora hazme un favor: no des un paso más, no quiero que entres en mi casa, da media vuelta y espera en tu piso o en tu plaza de garaje o dónde quieras hasta que tu madre críe malas y luego quédate con la casa y con todo lo que te dé la gana. ¡Adiós!

*(Las llaves se caen al suelo.)* No acierto con la cerradura. *(El ascensor. Es Bertín. De nuevo.)*

–Mamá.

–Hijo, te he dicho que...

–Mamá, no quiero que mueras...

*(Esto ya es demasiado.)*

–¡No te jode, ni yo!

–... pero puesto que vas a hacerlo, sabes cuánto me gustaría quedarme con tu casa.

Las mujeres, cuando nos convertimos en madres, pasamos de ser buenas directamente a ser tontas.

\*

## 169

Bertín deja el portafolios sobre la mesa. No le atiendo mientras habla, sigo arreglándome para ir al trabajo. Tanta prisa que tenía en traerme los papeles, que me acerque al súper, esta mañana no me apetece coger el bus. Me cuenta que se trata de un testamento abierto ordinario donde sólo tengo que firmar la última hoja, que no me preocupe por el lugar y la fecha en blanco, lo añadirá él más adelante. Hojeo los documentos con un interés igual a cero y le digo a todo que sí, hijo, sí, ¿de dónde coño habrá sacado los datos de la escritura del piso?

–¿Y esto de aquí, hijo?

–El sello y la firma del notario.

–¿Qué notario?

–Un amigo, mamá. Es para agilizar los trámites, no tenemos tanto tiempo.

En el coche le pregunto si se lo ha dicho a su padre.

–¿El qué? –se hace el longui.

Me gustaría saber quién ha redactado ese testamento. Se lo dejo todo, casi todo, a mi excónyuge y a Bertín. Cómo le pregunto si su padre ha redactado el testamento.

–¿Tu padre ha redactado el testamento?

–No, he sido yo.

–No me mientas.

–Ha sido él.

Silencio. No dice nada.

–Lo decía porque quizás, sólo quizás, estaría bien que te acordaras de que tienes dos hermanos más.

–Sí, pero casa sólo hay una.

–Yo y Carmen necesitamos esa casa, por los niños. Tus nietos, tus dos únicos nietos, Albertín y Carmencita...

Y dale con la letanía de los nietos. Carmen es una santa, una santa y una berzas por casarse con semejante sujeto. Se quedó embarazada enseguida, a los seis meses de conocerle, y pasó lo que tenía que pasar: de buena, directamente a tonta.

Bertín aparca en la puerta del súper. Me apeo y Bertín me toma del brazo. Por sus mejillas ruedan dos lágrimas de cocodrilo grandes como huevos de plástico e implora:

–¿Firmarás?

Del portazo

le amputo

el brazo.

*(Suena el teléfono. ¿Qué...? Hagas lo que hagas, no vuelvas la vista atrás. El teléfono, ¿quién es?)* El pequeño. Qué raro que llame. Qué ganas de hablar con él, un poco de sensatez en la familia, por favor. *(Entro en el súper y me llevo el teléfono a la oreja.)*

–¡Juan! ¿Qué tal...? / ¿Cómo? / Sí... Sí, claro... / Eh... Sí. ¿Cuánto dices que necesitas?

*(En el despacho, ¡al fin! Cierro la puerta tras de mí, el portafolios en la silla.)* Lo peor es querer que me incineren y que no lo hagan. Si hay alguien por ahí arriba que tenga alguna predilección especial por que me entierren, por favor, que envíe un ángel. Si no, que calle para siempre.

Estoy esperando. Estoy espe...

*(Suena el teléfono.)* Numero desconocido. Podría ser el cielo perfectamente. ¿Hola? Del hospital. Para confirmarme la primera cita de la semana que viene.

–Sí, muchas gracias. Adiós.

No entiendo por qué cuando llaman del hospital nunca te preguntan cómo estás. *(Rompo el*

*portafolios por la mitad.)*

\*

168

*(Suena el teléfono.)* El padre.

—Alberto, un cáncer es un cáncer. Te lo repito: cáncer. No sé lo que entiendes tú por cáncer pero no, no se trata de “una enfermedad sin importancia”. / Si me dan seis meses no es muy benigno que digamos. / Sí, tu hijo te ha informado bien. Seis meses. Un poco menos ya. / ¿Cuánto? ¿Cuánto menos? Quítale un par de semanas, ¿te aclaras con la resta? / Me estoy enterando perfectamente de todo lo que estás diciéndome, en serio, sí, sí, perfectamente, y me gustaría que tú, por favor, también te enteraras perfectamente de todo lo que tengo que decirte: ¡No firmo porque no me da la puta gana!

*(Cuelgo.)* Qué bien me he quedado. ¡Tengo que ir a banco! He quedado a mediodía con el pequeño. El pequeño nunca ha tenido como prioridad el dinero, por eso no tiene. El dinero sólo lo tiene la gente para la cual es una prioridad. Lo que no tengo que hacer es renunciar al rol de madre que entonces se me llevan el brazo entero y parte del otro. Me parece muy bien que quiera ser escritor. Es su vocación, su prioridad. Sabe lo que quiere y va a por ello. Tauro, muy cabezota. Y, por encima de todo, lo más importante: no hace daño a nadie. Si yo hubiera nacido varón, me habría llamado como él. Cuando mi madre quedó embarazada, a mis padres se les metió en la cabeza que sería niño y me llamarían Juan. Al nacer se sintieron muy desilusionados, ni siquiera habían pensado un nombre para niña. Pidieron un santoral y miraron el santo. Santa Margarita. Pues hala, Margarita.

Juan me recoge a mediodía. Llega caminando. Le pregunto dónde me invita a comer. Ríe. Está de buen humor. Me gusta cómo me mira. Es simpático. Quieras que no, es un orgullo para una madre tener un hijo simpático.

—¿Qué tal todo, hijo?

—Bien.

Eso sí, muy simpático y lo que queráis pero para saber algo de él, hay que entrarle al trapo. Aprovechemos, si no se queda sin sobre.

—¿Qué fue del escocés?

–Uf, ese se acabó hace siglos. Ahora estoy con un americano, de Nueva York, Patrick, negro. Muy negro. Ya me entiendes. Negrísimo.

–Anda con cuidado.

–Ya lo hago.

–Y que no te haga daño.

–Eso ya...

Yo a mi hijo no le veo nada amanerado. Josele la cajera dice que es mariquita perdido y se le ve a la legua pero yo no le noto nada. Bueno, algún gestito de vez en cuando sí se le escapa...

–¿Y a qué se dedica Patrick?

–Siempre me preguntas por el trabajo de mis novios.

–Es por hablar de algo: lo más importante de Patrick ya lo sé.

Vuelve a reír. ¡Qué chiquillo! Ya es todo un hombretón pero sigo viéndole como un chiquillo. Recuerdo la primera vez que le sorprendí en su habitación masturbándose. Qué susto me llevé y él también, justo le pilló en el mejor momento. Él no lo olvidará ni yo tampoco. Y aquella revista que tenía con aquellos penes. Monstruosos, enormes. La estuve buscando durante días... La tenía hecha una guarrería, no hace falta que os dé más detalles, pero aquellos cuerpos y aquellos penes... Así me enteré que lo que yo era con mi marido era una desgraciada, pero ese es otro tema. Me sentí tan ignorante. Por no saber. Pasaba las páginas de la revista y no me excitaba, sólo me sentía ignorante. Muy ignorante. Las cosas que hacían y qué posturas. ¡Y sin mujeres! A partir de aquel momento, bajaba al quiosco por él. No sentía ningún aprieto, sólo una vez al mes, no más.

–Eres la única madre del mundo que sólo conoce porno gay.

–Hijo, estoy muy feliz de que sepas qué quieres y qué te gusta. De lo único que me arrepiento es que la jodida de tu abuela no se enterara de lo tuyo en vida. Para presumir de haberla matado yo y no el alcohol.

–Mamá, eres la bomba –me encanta cuando dice que soy la bomba–. Patrick tiene muchas ganas de conocerte.

–¿Cuánto tiempo lleváis?

–Dos semanas. Le hablo mucho de ti. Sabe que me llamo Juan porque tú siempre has querido llamarte Juan, que llevo tu nombre.

–No vayas diciendo eso de mí por ahí, que quiero llamarme Juan.

–Oye, yo digo lo que quiero.

–A que te quedas sin sobre.

–Valeeeee.

Lo que decía, al final, por muy amiga de tus hijos que quieras ser, tiene que imponerse la madre, sino brazo entero que se llevan y parte del otro.

–¿Qué escribes ahora?

–Relatos eróticos. Quiero presentárselos a un editor que conocí en un bar. Dice que ve mucho futuro en mí.

Juan me habla de Henry Miller, de Lawrence Durrell, de George Bataille, de Apollinaire –de Apollinaire sí me suena haber leído algo– y de otra gente que en vida debieron ser unos grandes escritores de relatos eróticos y unos tremendos muertos de hambre también.

–Espero que todos ellos contaran con unas madres tan buenas como yo.

Me dice que me he equivocado.

–¿Cómo?

En el sobre. Hay más dinero del que me pidió.

–Muchísimo más, mamá.

–Ahora resultará que no necesitas el dinero de verdad. Pues tómalo y calla.

Me acompaña hasta la puerta del súper y nos despedimos. Ay, casi me olvido.

–¡Casi me olvido, hijo, que tu padre acaba de enterarse que eres gay!

Se troncha vivo.

Se gira un par de veces para saludarme con la mano. Me gusta la gente que se gira al despedirse, las miradas son muy tiernas. En cuanto tuerce la esquina ya necesito volver a verle. Me gustaría tanto volver a verle de nuevo.

A ver si puede ser pronto.

Por unas horas he olvidado que estoy muriéndome.

\*

167

Mi amiga Lucre la dentista se pasa por el súper. Me mira como el jefe, con pena. Me pregunta por la quimio y la radio. Ella por lo de su útero fue directamente a quirófano y de eso no sabe mucho, ya os lo he contado, lo de hace cinco años. Le respondo con lo poco que sé, que a fin

de cuentas todo eso está para ayudarnos y, aunque deprima mucho al organismo, los médicos no nos desean ningún daño y las enfermeras menos, ellas sí son unos soles, yo no sé qué les pasará por la cabeza cuando lleguen a sus casas y ya no tienen que acompañarnos, porque es lo que hacen, bueno, hacen muchas otras cosas pero la más bonita de ellas es acompañarnos, darnos compañía. Lucre vuelve a preguntarme acerca de los tratamientos. No me estaba escuchando. Me callo. La miro. Y me lo cuenta. Está preocupada. Muy preocupada. A su foxtierrier le han encontrado un tumor en el cuello. El veterinario también está contemplando la posibilidad de darle quimio y radio.

Me voy. No sé a dónde pero me voy. Me pregunta si me encuentro bien. Me voy.

\*

159

Hoy las enfermeras se han pasado con la dosis de quimio. Por la válvula, estaba demasiado abierta. Qué grito de dolor, he visto las estrellas. Luego el miedo a sentir el brazo desollado.

–No ha sido nada, no ha sido nada –me calman dos enfermeras, una de ellas tiene lágrimas en los ojos. Le sonrío. Por dentro, grito.

\*

146

La mediana. La mediana, qué aburrida. Siempre termino diciéndole lo mismo.

–Hija, procura hacer del mundo un lugar divertido.

Se va a quedar para vestir santos. Me ha llamado hoy y me dice:

–Mamá, hoy no me has dicho que procure hacer del mundo un lugar divertido.

–Hija, ahora mismo no sé con qué cara podría decirte tamaña... tamaña... ¿imbecilidad?

–Obvio –me dice. Ojo. Me dice– Obvio. Lo que he pensado yo siempre. Ya era hora de que maduraras, mamá.

–Muchas gracias, hija, ¿para eso me has llamado?

–Me has llamado tú, mamá.

–¿Yo? ¿Te he llamado yo? –¿la he llamado yo?

–Sí, mamá. Mamá, estás muy rara.

–Ah, pues nada, hija, sólo decirte que procures hacer del mundo un lugar más divertido. Sea tamaña imbecilidad o no. Falta os hará. Adiós, besos.

–Adiós, mamá.

Además de aburrida, es tan sosa. “Adiós, mamá”, ni besos da por teléfono. Me quita las ganas de todo. No tiene remedio. Para vestir santos, o ni eso. Si al menos supiera combinar.

\*

**133**

Últimamente el hilo musical del súper no hace más que hablar de mí. Yo prefiero el silencio. Lo quito en cuanto tengo ocasión. El jefe no tarda en aparecer preguntándome qué pasa que no funciona la música. Está prohibido quitar la música en los súper. El silencio nos recuerda demasiadas cosas. Vuelvo a poner la música. De todos modos, que hablen de mí, ¿qué cambia? Nada en absoluto. Necesito un café ardiendo y crema, crema para los brazos en la farmacia, que no me olvide.

\*

**125**

Viene Carmen a visitarme, la mujer del mayor, con mis dos nietos. Vienen sin su padre. Mejor. Carmen me cae muy bien, la pobre, qué tonta es. No lo tiene fácil. La he visto mal muchas veces pero nunca le he preguntado por no entrometerme. ¿Por qué no hacemos nada cuando vemos a alguien sufrir?

Lo primero que me dice al entrar, mientras los niños corretean por el salón, que saben que allí les espera algún regalo escondido, lo primero que me dice es que no quiere saber nada de ningún testamento y que debo saber que Bertín le ha pedido que me pregunte si ya he firmado o no, pero ella no me lo va a preguntar ni le interesa para nada. Y ha dicho esto y se ha metido en la cocina, cuando viene nunca me deja cocinar, lo cual se lo agradezco de corazón, ella prefiere que juegue con los nietos. Albertín y Carmencita son encantadores aunque me dejen

la casa perdida y a mí, agotada, pero de pronto me da no sé qué jugar con ellos, son muy pequeños y no quiero que se encariñen conmigo, mejor si después no me echan en falta. Carmen sale de la cocina un momento y me ve sentada en el suelo del salón, quieta, delante de los niños. Me ayuda a levantarme del suelo, quiere que le haga compañía en la cocina. Hay una naranja pelada sobre el mármol y otras cuatro en un frutero de plástico que tenía olvidado, no sé cómo se lo hace para encontrarlo todo. Naranjas. Con lo que me gustaban las naranjas. No sé por qué las ha traído, le había comentado que la última vez que probé una acabé escupiéndola.

–Ya verás –me dice–, conozco una receta muy rica, para chuparse los dedos. No vas a tener náusea ninguna.

Me siento en el taburete de la cocina. Me siento como una niña con su madre. Al fin y al cabo, nos parecemos mucho. Podríamos intercambiarnos con un chasquido de dedos. Qué tontas las dos, de verdad, y a qué familias hemos ido a parar.

–Atiende. (*Asiento.*) La receta se llama naranja con naranja a la naranja.

–Suená fácil.

–Lo es. Fíjate bien, de la naranja se aprovecha todo, como del cerdo, pero muchísimo más sana. Cinco naranjas es todo lo que necesitamos para dos personas. Cinco naranjas, ciento veinticinco gramos de azúcar (*Como los días que me quedan, ciento veinticinco.*) y un vaso de agua. Pelas una de las naranjas con cuidado, para no llevarte la parte blanca, ésta, ¿ves cómo la he pelado?, y cortas la pela en tiras muy finitas. Atiende.

–Sí, perdona.

–Echamos las tiras en la olla con el agua, y el azúcar, a fuego lento, todo junto, para caramelize la pela. Verás que se espesa. Entonces retiramos la olla del fuego y lo dejamos reposar. Mientras tanto, vamos exprimiendo otra naranja y guardamos el zumo. No te levantes, no hace falta que me ayudes. Con las cuatro que nos quedan, cuatro, las cortamos en rodajas y hacemos la base del postre. Bañamos el plato con el zumo y echamos por encima las tiras caramelizadas. Se sirve individualmente pero éste lo compartiremos entre las dos, ¿te parece?

Me parece. Y está delicioso. Dulcísimo y delicioso.

--Muchas gracias, Carmen.

–Muchas gracias a ti.

Nos quedamos un instante en silencio. No sé por qué me ha dado las gracias pero tengo la impresión como de que me hubiera agradecido una vida entera.

–No llores.

–Con esto de la quimio los ojos se irritan con nada.

Me seca las lágrimas con papel de cocina y yo me dejo secar las lágrimas y sigo llorando en silencio sentada en el taburete de la cocina qué ridículo con las piernas abiertas y los talones golpeando el suelo de vergüenza y ella secándose las lágrimas con el papel de cocina sin dejar de sonreír y agradecernos la una a la otra la vida entera porque a pesar de ser tan buenas, a pesar de ser tan tontas, sabemos querer y eso es lo más importante. Querer y que nos quieran.

\*

124

Me llama el mayor y se atreve a hacerme como su padre. “Me ha dicho Carmen que no has querido decirle nada”. Qué desfachatez.

–Carmen no te ha dicho eso. / Como lo oyes. / ¿Cómo lo sé? ¿Quieres saber cómo lo sé? Porque Carmen tiene mucha más honra que tú y me ha dicho que ella no quiere saber nada... / Creo que se te ha escapado algo, de algo te has olvidado. Has olvidado qué es una madre. *(Cuelgo el teléfono.)* Seguro que su padre está echándole los perros, no me cabe la menor duda. Sabe que todos sus problemas están a punto de solucionarse de un solo tiro. Y un viudo para esa gente tan conservadora, ¡eso sí debe otorgar puntos!

Ciento veinticuatro días. Nunca volveré a vivir un invierno. Ni un otoño. ¿En qué se convierte la vida cuando no es más que tiempo? Si pudiera quitar algo de mi vida, quitaría el tiempo, el paso del tiempo. No quiero que pase el tiempo.

\*

121

La mediana nunca llama. Tan aburrida. Vuelvo a llamarla. Luego quedo como una estúpida por no saber qué decirle.

–Hola, mamá –con ese tono monótono suyo.

–Hija, ¿qué horas son éstas de llamar?

–Mamá, has llamado tú. ¿Qué te pasa? Quiero que me lo digas tú, no quiero tener que reconocerle al gilipollas de tu hijo mayor que lo sé antes por él que por ti. Dímelo. Dime que tienes cáncer, por favor, mamá. Dímelo tú. Mamá, ¿por qué no me lo has dicho?

Está llorando. No sé qué decirle. Cabrones, el hijo y el padre. Me dice:

–Mamá, son las dos de la mañana, ¿mañana vas a ir a trabajar? Pues acuéstate que es muy tarde, por favor. Mañana por la tarde paso a verte por casa, te llevaré unos zapatos que te gustarán. Buenas noches, mamá.

–Buenas noches, hija.

–Te quiero, mamá.

\*

## 120

Julia me regala unos zapatos suyos, tenemos el mismo número pero a ella le duelen, tiene juanetes, yo tengo los pies más bonitos. Me hace la cama que esta mañana no he tenido fuerzas para hacérmela. Ha traído una botella de coñac. Eso quiere decir que vamos a hablar. La mediana o está borracha o no habla. Cogemos un par de copas y se sienta a mis pies. Julia bebe sin decir nada. Yo apenas me mojo los labios. En la quinta copa, comienza a hablar.

–Me acuerdo de todo, mamá, de todo por lo que te hizo pasar papá. Con siete años, de ese plato que le lanzaste a la cabeza de una punta a otra de la cocina lleno de puré de verduras y el reguero que dejó a lo largo de las baldosas blancas, verde, me acuerdo de mirarme los pies, los zapatos negros, en aquel felpudo y no querer entrar porque a aquella mujer yo no la conocía de nada y papá agarrándome por el pescuezo y empujarme para adentro, me acuerdo de todo tu abandono, de cómo te dejaste abandonar por tu marido

y después por tus hijos

ahora sólo te pido

por favor

no te abandones

a ti misma

mamá

por favor

no te abandones  
si hace falta  
yo volveré a ti  
te quiero  
mamá  
te amo  
mamá  
te adoro  
pero no te abandones  
por favor  
mamá  
no abandones.

Me acuerdo de Julia entrando en el dormitorio con sus dos hermanos corriendo  
riéndose  
me cogían de las manos  
me descalzaban  
me hacían cosquillas en los pies  
yo me dejaba y acabábamos los cuatro en la cama, en una cama sin marido, sin padre, porque  
nos había abandonado y yo extendía los brazos  
y no alcanzaba a nadie  
y mis niños  
porque fueron  
son  
sólo míos  
sólo mis hijos  
revolotean riendo  
lanzándose sobre el colchón  
tirándome la almohada sin plumas  
no es como las de los cuentos, es de espuma, barata y sin plumas, y yo  
con lágrimas en los ojos, ya no sé de qué  
si de tristeza  
agotamiento

o felicidad.

No puedo recordar tanto, no me hace bien.

Me ha subido el alcohol. Julia me mira con el teléfono en la mano.

–Llama a Juan. *(No.)* Llama a Juan antes de que se entere por Bertín.

*(Llamo por teléfono.)*

–No te había dicho nada porque... / No, estoy bien, con Julia, ella me ha obligado a llamarte... / Sí, ella. Se escucha un ruido infernal... / Ah. Ya nos vemos mañana o un día de estos. Tú a lo tuyo, hijo. Adiós... Buenas noches.

*(Cuelgo el teléfono.)*

Julia me besa.

Acabamos mirando la tele.

Un payaso cuenta cosas y nosotras le reímos las gracias más de nervios que de otra cosa. No me apetece estar con ella mirando la tele, prefiero salir a la calle, salir a la calle y cruzar sin mirar, ya pararán, y si no que me lleven por delante, qué pierdo, ciento veinte días, *(Le acaricio el pelo.)* Julia tiene un pelo precioso, no quita que sea una aburrida del copón incluso borracha pero tiene un pelo precioso, escarolado, no sé a quién habrá salido, y de repente se ríe del payaso y me sorprende su risa y yo me río con ella y me mira y me dice con los ojos que le encanta que le acaricie el pelo cómo es posible que nunca lo haya sabido y seguimos mirando la televisión en silencio y me enseña a brindar como los rusos.

–Na zdarovye!

*(Y rompe la copa.)*

\*

119

Entre tanto cáncer de pulmón y de útero, los primeros días me daba mucho apuro contarles a los otros pacientes lo que padecía yo. La mayoría no sabía ni dónde está la vesícula biliar. Creía que en la enfermería no me darían ninguna importancia pero, para mi sorpresa, soy de las más mimadas por las enfermeras, me siento muy cuidada, yo que creía que nos cuidarían a todos por igual, o a los de cáncer de pulmón y útero más. Pues no, soy de las que más cuidan,

junto con un abuelito que tiene cáncer de próstata y está muy amarillo, con unas ojeras. Me mira y nunca dice nada, no habla con nadie, ni con las enfermeras, pero le miman tanto como a mí.

Hoy les he llevado fotos de mis hijos para que las vean. De cuando eran muy pequeños, son las que más me gustan.

Una de las enfermeras me dice que anoche estuvo hablando con su hija de mí y su hija, de golpe y porrazo, le suelta “Qué mujer más dulce”.

Cómo puedo pensar todo lo que pienso. No puedo ser tan dura con todos y conmigo.

El abuelito masculla algo.

Ha mascullado algo.

“Me muero.”

\*

111

Hoy tengo visita con el médico. Nada más entrar en la consulta me pide perdón, se deshace en disculpas, dice que se trata de un tratamiento paliativo, la intención es que no duela.

–Pues duele lo suyo. ¿No existe ningún tratamiento paliativo contra el tratamiento paliativo?

Y me dice que me dijo seis meses pero puede ser perfectamente la mitad. La mitad de seis meses. La mitad de mi esperanza de vida. Tres meses. Eso quiere decir que puede que no sean ciento once días los que me quedan de vida, sino... Noventa menos...

21

Veintiún días es poco tiempo para saber que te vas a morir. Ahora sí tengo miedo de verdad. Por sentir, siento hasta ganas de firmar ese testamento del mayor. Para el poco tiempo que queda, es como si ya me hubiera ido. Qué sandez, qué sandez, por sentir me entran ganas incluso de creer en Dios.

\*

Veinte. Se cuenta muy rápido de cero a veinte. Esta mañana casi vuelvo a llamar a Alberto. Alberto tenía unos ojos muy bonitos antes de que se le pusieran de besugo, a partir de su primera amante oficial, por cierto. A los hombres, las amantes les cambian la mirada... Y empiezan a teñirse.

Una noche bajo las estrellas, recuerdo que señaló el firmamento y me dijo:

–Mira, las Nubes de Magallanes.

–¿Dónde?

–Allí, esas dos nubes de estrellas. Una grande, otra pequeña. La grande soy yo, tú eres la pequeña.

Aquella noche perdí la virginidad.

La mujer siente vergüenza cuatro veces en su vida. La primera, cuando hace el amor por primera vez. La segunda, cuando es infiel a su pareja por primera vez. La tercera, cuando recibe dinero a cambio de sexo. La cuarta, cuando entrega dinero a cambio por sexo.<sup>1</sup> El hombre sólo dos. La primera, cuando no pueden repetir por segunda vez. La segunda, cuando no pueden la primera vez.<sup>2</sup> En todas las demás ocasiones, son unos sinvergüenzas.

No conciliamos el sueño hasta el amanecer. Las Nubes de Magallanes ya se habían despedido. Me sentía tan enamorada. Tan tonta. Tardé en descubrir que las Nubes de Magallanes sólo pueden verse desde el hemisferio sur. Con razón dicen que el amor es ciego. El amor y la justicia, y entre el uno y la otra así va el mundo, un enorme salón de baile a oscuras.

\*

*(Suena el teléfono.)* Mi hija. Dice que tenemos un viaje pendiente a Mongolia, que podríamos ir el mes que viene. ¿Qué le digo? ¿Y dónde está Mongolia? ¿Qué hay en Mongolia?

–Hija, con la quimio es un poco rollo, mejor si nos lo ahorramos...

*(Cuelgo el teléfono.)* Estoy agotada. *(Suena el teléfono.)*

---

1 Petr Kostka dixit.

2 Vilma Cibulková dixit.

–Juan... A ver, hijo, ¿cuánto necesitas? / ¿Cómo que no es por eso?

Que se ha informado por Google y ha encontrado que la mía es una enfermedad de lo más estúpida.

–Hijo, para darte de comer aparte, de verdad. Eso ya lo sabía yo, mi vida es una enfermedad de lo más estúpida.

Que no diga eso, uno no puede tomarse la vida tan en serio.

–Ah, eso es como aquello que te gustaba recitar, ¿cómo era? “Que la vida no iba en serio uno lo empieza a comprender...” / ¿Cómo que es al revés? / Hijo, ¿sabes cuántas cosas bellas estoy descubriendo que me hubiera perdido si no llego a padecer la enfermedad? / Yo ya no espero nada, aparte de vivir. La vida tiene un secreto. Vivirla. Ese es el secreto de la vida, y yo ya lo he descubierto gracias, a mi pesar, a un cáncer que muy pronto me enviará al otro barrio y os dejará sin mí. A la gente que sigáis aquí sólo os pido que seáis felices por mí. / No me lo hagáis volver a repetir, por favor. Ni una sola lagrima por tu madre. ¿Me oyes?

\*

## 10

He decidido dejar la quimio. Me chafa mucho y puesto que no voy a conseguir más tiempo, al menos el que me quede que me sienta con más ánimo. El médico está de acuerdo. El tratamiento paliativo no cumple las expectativas. ¿Qué expectativas? ¿Quién cumple las expectativas? Así es la vida. Sin expectativas, por favor. Nos tendrían que avisar al nacer. De todas formas, mantendremos la radio. He tenido que firmar un montón de papeles y fuera de la consulta me he cruzado con una de las enfermeras.

–Hoy tienes mejor cara.

Muchas gracias.

Paso de largo de la parada. No iré a trabajar, el jefe no me preguntará. Camino hasta que me duelen los pies. Estos zapatos son un infierno. Entro en un bar y pido una tónica.

–No, espere, un gin tonic, con esa tónica azul si tienen, una muy retro, parece de los sesenta, me gusta mucho.

El camarero es muy simpático y no tiene mucho trabajo. Acaba contándome chistes apoyado en una de las neveras de la barra. Una persona que me hace reír. Pido otro gin tonic. Me ofre-

ce algo de picar, le digo que no. Insiste y acepto, creo que ha notado que me ha subido un poco el alcohol, estoy en ayunas desde la mañana y, ay, son... las cinco de la tarde. ¿Cuanto he caminado? Las cinco de la tarde.

–Buena hora.

Lo he dicho en voz alta.

–Buena hora, acabo mi turno –el camarero da la vuelta a la barra y se sienta en el taburete de al lado–. ¿Cómo te llamas?

–Marga.

–Qué nombre más bonito, de flor. Los hombres no tenemos muchos nombres de flor, aparte de narciso. Alguna razón habrá, digo yo. Mejor así, no fuera que nos tocaran nombres de cactus. U hortalizas. Yo soy Pepino. Zanahoria para servirle. Pues que no está tan mal: Girasol.

–¿Cómo te llamas?

–Nopal.

–Bonito nombre.

Él suelta una carcajada enorme. Le veo la dentadura entera, la tiene completa, bellísima, blanca, y su risa resuena aún en mi cabeza cuando me coge la mano y me dice que su nombre no es Nopal, que el nopal es un cactus, un cactus comestible. No lo he probado nunca.

–¿Quieres probarlo?

Salimos a al calle y me pregunta si me importa que vayamos en bus, que no tiene dinero para un taxi. No, no me importa nada, quiero ir en bus contigo. Al lado de la parada hay una zapatería. En el escaparate veo unos zapatos bonitos y están bien de precio.

–¿Quieres entrar?

*(Sonríe.)*

–No hace falta.

Subimos al bus y de repente me sonrojo y no es porque viaje con un hombre que acabo de conocer a vete a saber qué restaurante. Me doy cuenta por primera vez en mucho tiempo que no viajo sola en bus, un hombre me acompaña, y siento como si compartiera algo muy íntimo de mí, que un bus de íntimo no tiene nada, pero de pronto es hacer lo mismo de siempre con otra persona y no sola. Tal cual la vida, sin más. En el trayecto me cuenta que de los nopales también se hacen bizcochos, panes. Para mí todo eso es nuevo. Nunca hemos tenido ese cactus en el súper.

–¿Trabajas en un supermercado?

–No te lo había dicho.

–Nos acabamos de conocer hace muy poco –y no me está mirando. Me está mirando el brazo. Las venas negras de mis brazos. Las tapo rápidamente. Me arrepiento al instante y vuelvo a descubrirlas.

–¿Vas al médico?

–Sí.

–Mi mujer tuvo cáncer.

*(Asiento.)*

–De mama.

*(Asiento.)*

–Murió hace tres años.

–*(Asiento.)* Lo siento.

–Estaba muy avanzado y por más que le hicieron de todo no sirvió de nada. Al final decidió dejarlo todo y dejarse llevar.

–Yo acabo de dejarlo hoy.

Nunca llegamos al restaurante dominicano.

En el vestíbulo de mi casa

entramos los dos con dolor

él me ayuda a quitarme el abrigo el cuello no me sostiene

la cabeza sus brazos a mi alrededor y mi cabeza encendida

de calor entre sus brazos como un corazón nadando en el mar líquido de un abrazo.

Cruzamos el salón nunca me había parecido tan vacío el pasillo hacia el dormitorio

tan silencioso y solitario y en la cama me posa como una margarita sobre las sábanas y me

besa y su pene bajo los pantalones me recuerda las revistas del pequeño y por un segundo me

asusto y repliego los muslos me besa una vez en cada rodilla y se echa a mi lado con sus dien-

tes perfectos y lo dejo todo y me dejo llevar arrasamos con el dolor

le digo en silencio lo que sólo le he dicho una vez a un hombre

y él me pone el dedo en los labios y repite el movimiento

de mis labios pero no dice Margarita dice otro

nombre y yo lo acepto porque puede

que algún día cuando yo

ya no esté alguien se acuerde de mí y me diga que me quiere aunque sea estando con otra

persona.

Yo también, le digo.

No se queda a dormir.

Huelo intensamente a él, nunca el techo del dormitorio me pareció tan blanco.

No puedo cerrar los ojos.

No quiero dejar de vivir.

\*

## 9

He leído en una revista de esas que trae Josele que el dorado es un color sano. Vístete de dorado. El dorado proporciona salud. Como la miel, el sol, todo lo relacionado con la salud es dorado. El pan... Nueve días. Una semana y dos días. Tal como suponía, no he tenido tiempo de salvar el mundo, cómo entonces voy a conseguir el más difícil todavía, salvar a mi familia.

En qué estaré pensando. En el señor Nopal. O Girasol. Dijo que le gustaría llamarse Girasol. Yo, Margarita; él, Girasol. Hoy no tendría que haber venido a trabajar. Tampoco quería quedarme en casa. Mientras pueda, intentaré venir. Me mantiene ocupada. Me gusta ver a la gente comprando ajena a los problemas de los demás, ajena a sus propios problemas, ajenas a su muerte. Cojo una redcilla de naranjas, esta tarde me apetece darme un capricho, me prepararé la receta de naranja con naranja a la naranja de Carmen. ¿Por qué Carmen no me la había dado antes? La llamo a casa, me apetece hablar con ella, coge el teléfono Bertín. Nooooo.

–Mamá...

–No firmaré.

–He hablado con Juan y con Julia, decíamos de pasar a verte esta tarde por casa.

Nueve días. ¿Demasiado tarde para salvar el mundo?

–Les has convencido para que me obliguen a firmar. ¿Qué les has prometido?

–Pasamos a verte esta tarde.

–¡No firmaré nada!

Qué pocas ganas de llegar a casa. Puedo salir del trabajo y caminar y no llegar nunca a casa. No quiero coger el bus sola. No encuentro asiento donde sentarme, con el bus tan lleno de recuerdos es normal. No tengo futuro, tan sólo recuerdos.

La puerta está abierta,  
ya están en casa.

–¡Holaaaaa!

Responde la mediana:

–Hola, mamá.

Entro en el salón.

–Mamá, siéntate en el sofá –me dice el pequeño.

–¿Qué os pasa?

–Siéntate, por favor.

–¿Ha pasado algo? ¿Albertín y Carmencita...?

–No ha pasado nada, mamá. Queremos decirte algo.

–Pues decidme. Ya estoy sentada. Decidme todo lo que tengáis que decirme, ya estoy sen...

–Te queremos. Nunca te olvidaremos.

No puedo dejar de verles.

No puedo cerrar los ojos.

No quiero que desaparezcan.

No quiero abandonaros.

Me abrazan los tres, no cabemos en el sofá, lloran, yo también lloro con los ojos como platos,  
no quiero, no quiero, no quiero dejar de vivir no quiero no quiero ni quiero no quiero no...

\*

**2**

Os acordáis de la primera y la segunda preguntas. Por qué a mí y por qué nadie conoce la respuesta. Existe una tercera pregunta. Una tercera y última pregunta: ¿No existe otro final? Esa es mi última pregunta. Ya podría haberlo pasado un poco peor, no me dolería tanto irme.

De verdad, ¿no existe otro final?

\*

**1**

El médico me dice que de algún modo inexplicable mi cuerpo ha reaccionado de una manera insólita y yo que ya venía recién salida de la peluquería con la maleta preparada para el ingreso.

—¿Qué es lo que no entiendes?

Cómo he podido superar los tres meses pero tiene que decirme que no confíe, que es casi imposible pasar de los seis meses.

**90**

A pesar de lo que dice, yo me siento orgullosa. Todo lo que puedo hacer con noventa días más... Si es como casi otra vida entera, todo lo que me quedaba, y de pronto cuento con una vida nueva. Al mayor le voy a cantar las cuarenta, ahora sí que no voy a morderme los labios, y Juan podrá presentarme a su nuevo novio y puede que le insista para que me dedique una canción, *A mi madre*, no, mejor aún, *A Margarita*, y con la mediana nos vamos a correr una juerga rusa loca, loca, loca, que se preparen que tienen madre para rato, que se prepare ella y los mongoles... ¡Noventa días más! Veré el otoño...

¡Veré un otoño más!

\*

**89**

\*

**87**

\*

**86**

...